

arte exposición

En fecha reciente, periodistas y críticos de arte de toda España han sido invitados a visitar las 29 obras del genio holandés, convocados por dos profesionales de lujo, Cuca García de Vinuesa y Ana Serrano, que ejercieron con maestría su papel de anfitrionas.

Se han repetido homenajes al gran artista holandés en diferentes ciudades del mundo como Nueva York o Ámsterdam. Cuando uno visita Holanda se cruza con miles de turistas, casi en peregrinación hacia los museos que albergan la obra del que se considera amante de los pobres. Aquel pobre, y en ocasiones desarrapado, que en vida casi no vendió un cuadro era, evidentemente, Van Gogh. Un siglo después de muerto alcanzaba su obra las primeras cifras millonarias en el mercado del arte, y precisamente a manos de un japonés, que había quedado fascinado por el goce sensual de unos colores negados en todo el Oriente lejano, donde el súmmum venía dado por los sutiles matices del blanco y negro.

Ante aquella ausencia de colores vista como el camino directo a la visión beatífica de la Nada, típica del arte japonés, no es de extrañar que el rojo rutilante o el infinitamente amarillo de los cuadros de Van Gogh transformasen la retina oriental. Aunque la obra de Vicent la hallamos visto ya en nuestro país, al Museo Thyssen-Bornemisza le corresponde el mérito de mostrar la primera gran exposición de un artista insaciablemente imitado, y no precisamente por cuestión de moda, sino por los avances pictóricos conseguidos.

Discípulos por doquier han exprimido su luz enardecida, sus ardientes colores entre los que se incluyen el rojo de sus amapolas, la técnica de aplicar el color, en definitiva, ya sea para ensalzarlo o incluso para negarlo, su quehacer plástico ha marcado un antes y un después.

Parecía que ya todo estaba atado por las numerosas biografías en torno a su figura y obra; con la presente muestra se descubren nuevos puntos de vista y miradas sobre una obra que sigue estirándose en divagaciones. El Museo Thyssen hurga en los últimos meses de la fatídica vida con desenlace romántico. Parecía que su última morada, en Auvers, pueblo situado a una hora de París, para pasar los últimos 70 días de su corta vida quería ser productiva a nivel creativo, para dejar al mundo la herencia que legó. Y así lo fue: en ese periodo realizaría setenta lienzos, treinta y tres dibujos y un grabado.

En esta localidad vivía el doctor Gachet, con el que trata y al que retrata en diversas ocasiones. También era el lugar de na-

EL FECUNDO PERÍODO FINAL

VAN GOGH

SUS ÚLTIMOS PAISAJES

Madrid disfruta hasta el 29 de julio de una exposición singular 'Van Gogh, los últimos paisajes', posible merced a la suma del Museo Thyssen Bornemisza y el Consorcio Turístico de Madrid

Texto: Fátima Otero



Casas en Auvers, 1890. Óleo sobre lienzo. Toledo Museum of Art, Ohio

EL MUSEO THYSSEN HURGA EN LOS ÚLTIMOS MESES DE LA FATÍDICA VIDA DEL GENIAL PINTOR HOLANDÉS

cimiento de Daubigny, el gran exponente de la escuela de Barbizon, precursora de los impresionistas, al que parece rendir tributo en vibrantes cuadros del jardín de su casa, rindiéndose al lugar en el que estuvieron Cézanne y Pizarro. Se olvida de retratos, modelos de campesinas y jarrones con flores y este vacío es ocupado por el paisaje. Vicent ve Auvers como un gran jardín, sigue la evolución de la cosecha del trigo, y si asoman figuras a la

escena son más bien pequeñas, salpicando y disolviéndose en el paisaje para enfatizar el tema subyacente de la soledad.

Dos figuras en el bosque, del Cincinnati Art Museum, nos presenta casi a una pareja espectral como aprisionada o enjaulada entre árboles, ni siquiera caminan en la misma dirección. Caminos divergentes, haciendo dudar en la dirección a seguir, que tanto juego dará a Munch. Emblemas alusivos al pueblo en el que se instala; pinta su iglesia y el ayuntamiento, para ensalzar el misticismo, pero también el laicismo revolucionario. Por el formato se diría que son cuadros parejos, aunque la iglesia no se muestre por imperativo legal de la época.

Quedan estos dos cuadros inequívocamente unidos a los últimos años de su vida. Las calles y sus típicas casas con tejado vegetal, que tanto llamaron la atención del holandés, y la manera diferente de trabajar la pincelada para realzar más el contras-

te entre las viejas chozas en pie con las casas modernas burguesas. Los formatos son rectangulares, muy apaisados, impropios de aquellas fechas.

El comisario Guillermo Solana ha querido hacer dialogar las obras expuestas en un entorno artístico, con la labor realizada por los compañeros de profesión de Van Gogh: Daubigny, Cézanne y Pizarro. Así, las orillas del río Oise, frecuentadas para el pasto de vacas o por recorridos campesinos, son expuestas de forma comparativa. Se puede percibir la manera diferente de tratar una misma escena por los maestros que Vincent admiraba.

La vida rural, que tanto fascinaba la mirada de Van Gogh, no consiguió apaciguar su espíritu inquieto. Su pintura desborda. Inquieta. Rompe. Sorprende la manera directa de aplicar el color mostrando visiblemente el pegote, la superficie pictórica resuelta en pinceladas geomé-

tricas muy variadas: en círculos concéntricos, arabescos o espirales, por doquier. Surgen así del lienzo ondas que se elevan y hunden, los árboles como llamas, todo girando y atormentado, como el turbulento oleaje del triguero, aquél en el que cierto día decidió segar su corta vida, cuando corría el verano de 1890.

MUESTRA DE RICHARD ESTES

Además de la Colección Permanente, que nunca está de más visitar, sobre todo después de la ampliación, el Museo Thyssen dedica un recorrido por distintas series del pintor norteamericano Richard Estes, que van desde la década de los 60 hasta la actualidad. Estes nos acerca a la gran urbe, pero manipulada a su antojo. Cuando se admira cualquiera de sus pinturas viene a la memoria el monólogo que Calderón puso en boca de Segismundo, pues la vida de la ciudad se siente con frenesí, como ilusión por los juegos de reflejos que se generan una y otra vez, y mera ficción, pues los edificios, en ocasiones, tan solo son reflejos atrapados en coches o autobuses.

Combinando varias tomas fotográficas, el artista reconstruye ciudades en las que ha estado: Chicago, París, Venecia, San Francisco o Barcelona. Pero lejos de plasmar una atmósfera, aparecen congeladas, y antes de visualizar lo puramente observado en una toma, complica la visión en un alarde de trampantojos y magia compositiva de facetas variables y cambiantes. Es decir, en un juego de dualidades barroco que nos hace dudar de lo que es reflejo o realidad.

Son especie de acertijos que retan al espectador una y otra vez a acercarse y deambular por las obras intentando descubrir la firma del autor, o el letrero de la ciudad que identifica el cuadro, a lo mejor estampado en una camiseta, en el rótulo de un escape rate o en las estelas del agua.

Imágenes camufladas en el contexto integral de la obra a la manera de Hitchcock; escaparates y restaurantes de comida rápida y sus famosas cabinas telefónicas son otras obras en las que se vuelve a jugar con los reflejos, con las superficies reflectantes que dan por buena una realidad totalmente desdoblada. El autor juega una y otra vez con una magnífica yuxtaposición de espacios interiores y exteriores, creando el más difícil todavía y curiosamente generando una visión de verismo total.

Magníficas exposiciones que han contado con la colaboración del Consorcio Turístico de Madrid haciendo bueno el inteligente slogan creado por la comunidad que preside Esperanza Aguirre: *La suma de todos*.